



nidad divina descender frecuentemente sobre la tierra para restablecer el orden. Una vez se hace hombre bajo el nombre de Crichna, y mata una horrible serpiente. También este dios encarnado es representado luego enlazado por una serpiente que le muerde el talón, después teniendo esta serpiente con las dos manos y colocando su pié sobre la cabeza (1).

En las tradiciones de los persas, se ve á Ahriman, la madre del mal, llamada también Shetan ó Satan, bajo la forma de una culebra,

(1) *Ancient history of Hindostan*, by Thomas Maurice, vol. 2.

presentar frutas al primer hombre y á la primera mujer, que comen y pierden por eso las prerrogativas de que gozaban. Asimismo se ve entre Ormuzd, jefe de los buenos genios, y Ahriman, jefe de los malos, un Dios mediador que debe vencer al segundo y hacer triunfar al primero (1).

Las diversas tradiciones nos han indicado cómo empezó esta gran guerra para el hombre. Moisés nos la enseñará más completamente.

(1) Anquetil, *Zend-Avesta*.

CAPÍTULO III

Caida del hombre

Recien salidos de manos de su Criador, vivian el hombre y la mujer dichosos, justos é inmortales, llena la mente de inteligencia, de amor divino el corazón, y de gracias el cuerpo; y aunque ambos estaban desnudos, su completa ignorancia del pecado no les permitía avergonzarse por ello. Mas no fué duradera tanta felicidad.

En medio del jardín de deleites habia dos misteriosos árboles, llamado el uno *árbol de la vida*, y el otro *árbol de la ciencia del bien y del mal*, con los cuales quiso el Señor probar la obediencia de sus dos criaturas privilegiadas, á fin de que pudiesen merecer; y así dijo á Adam: «Comerás de todo árbol del Paraíso; mas del árbol de ciencia de bien y de mal, no comas, porque en cualquier día que lo hiciere, morirás irremisiblemente.»

Mas al sacar de la nada los cielos y la tierra, habia también criado el Todopoderoso á los Ángeles, espíritus puros é incorpóreos; los cuales gozaban de una felicidad mayor todavía que la del hombre, y podian hacerla eterna, conservándose fieles á su Criador. Con todo eso, muchos de ellos, ciegos de soberbia, se rebelaron contra su poder; y ¡oh lastimoso efecto del pecado! en aquel mismo instante perdieron todas las admirables cualidades que los distinguían, comenzando á arrastrar una existencia aborrecible y dañina, en vez de la venturosa que habian perdido. El ángel impuro que habia acaudillado á estos rebeldes, y que por haber sido el más soberbio de todos fué también el más severamente castigado, envidioso ahora de la raza humana, y ambicionando hacerla cómplice de su rebelión, se transfiguró en serpiente, y dijo á la mujer: «¿Por qué os

mandó Dios que no comiéseis de todo árbol del Paraíso?» A lo cual respondió ella: «De la fruta de los árboles que hay en el Paraíso comemos; mas de la fruta del árbol que está en medio del Paraíso nos mandó Dios que no comiéramos, y que no lo tocáramos, porque no muráramos.» «De ninguna manera morireis (replicó la serpiente); pero sabe Dios que en cualquier día que comiéreis de ese árbol, serán abiertos vuestros ojos, y sereis como dioses, sabiendo el bien y el mal.»

Tentadoras eran las palabras del maléfico espíritu; el fruto, agradable á los ojos, aun prometía serlo más al paladar. La mujer comió de él y dió á su marido, que también comió. Esta entrada tuvo el pecado en el mundo, acompañándole la pérdida de la gracia divina, los males todos de la vida humana, y la muerte por último, que son su inevitable consecuencia y su justo castigo.

Abriéronse, en efecto, desde aquel instante los ojos de entrambos delincuentes; mas no de la manera que habian apetecido; porque el espectáculo de su desnudez les ruborizó en términos tales, que hubieron de cubrirla uniendo hojas de higuera y formándose con ellas anchos ceñidores.

La voz del Señor, que resonó en el Paraíso, hizoles huir precipitados á ocultarse entre los árboles.—«¿En dónde estás?» decía Dios á Adam, atormentándole en su fuga; el cual respondió amedrentado:—«Oí tu voz en el Paraíso, y tuve temor, porque estaba desnudo, y escondíme.»—«¿Y quién te ha dicho que estabas desnudo (repuso el Omnipotente), sino el haber comido del árbol de que te mandé que no comieras?»—«La mujer que me diste por com-



pañera, me dió del árbol, y comí.»—«¿Por qué has hecho esto?»—preguntó el Señor á la mujer; y respondió ella:—«La serpiente me engañó, y comí.»—Dirigiéndose entonces á la serpiente, dijo el Sumo Hacedor:—«Por cuanto has hecho esto, maldita eres entre todos los animales de la tierra. *Enemistades pondré entre tí y la mujer, y entre tu linaje y su linaje; ella quebrantará tu cabeza,—por medio DEL QUE HA DE NACER DE SU SENO,—y tú pondrás asechanzas á su calcañar.*»—Dijo asimismo á la mujer:—«Con dolor parirás los hijos, y estarás bajo la potestad de tu marido, y él tendrá dominio sobre tí.»—Y últimamente pronunció contra el hombre esta sentencia:—«Por cuanto oíste la voz de tu mujer y comiste del árbol de que te habia mandado que no comieras, maldita será la tierra; espinas y abrojos te producirá, y con el sudor de tu rostro comerás el pan de ella, todos los dias de tu vida, hasta que vuelvas á la tierra de que fuiste tomado; porque polvo eres, y en polvo te convertirás.»

Tal es la narracion sencilla y corta de una tan gran catástrofe.

Lo primero que admira es que Eva no se hubiera horrorizado á la vista de la serpiente. A nosotros nos repugna aún pensar sobre este venenoso reptil. Pero esto no era así en el estado de inocencia. Entonces las serpientes, como todos los animales, se humillaban ante el hombre para rendirle homenaje; no habia, pues, que temer nada de ellos. Hoy hay serpientes que hasta viven familiarmente con el hombre. En América, por ejemplo, hay una especie adornada de bellos colores, y es tan familiar, que los habitantes del país no viajan sin llevar una sobre ellos (1).

Hay algunos que, interpretando á su manera la palabra de Dios, han querido suponer que todo lo que nos dice Moisés del fruto prohibido, de la tentacion de la serpiente, de la caída de nuestros primeros padres, no es más que una alegoría para decir que Adam y Eva se vieron para la propagacion de la especie humana. Por eso se creen más sutiles, y no ven que la astucia de la serpiente les engaña

(1) Valmont de Bomare.

como engañó á la primera mujer, y que les inspira el veneno de los más impíos errores. No ven que, si su interpretacion es verdadera, será necesario decir con ciertos herejes, que el matrimonio es malo por su naturaleza, que la generacion de los hijos es obra del diablo, y que Dios no podrá ser el autor del uno y del otro. En cuanto á nosotros, creemos con toda la Iglesia, que el árbol de la ciencia del bien y del mal era un árbol, que la serpiente era efectivamente una serpiente, en la cual se habia colocado por permission de Dios el espíritu de malicia, que el fruto de que comieron nuestros primeros padres era realmente un fruto; creemos que el matrimonio ha sido instituido y bendito por Dios mismo, y que es Dios quien le ha comunicado la fecundidad por su bendicion. Para los dos esposos así unidos y benditos, la generacion de los hijos no era un crimen, sino una obra santa. Todo ha sido puro y santo en el principio de nuestro nacimiento. El pecado ha venido á infectar y viciar por el desórden de la concupiscencia lo que Dios habia criado bueno y puro.

La raza humana habia, pues, nacido pura y santa; pero ha sido viciada por el pecado. Por el principio de nuestro origen infectado de esta suerte, nacemos, no tales como Dios habia hecho á nuestro primer padre, sino tales como nuestro primer padre nos ha hecho por el pecado, inmortales y mortales, vivientes y muertos: inmortales, por la naturaleza imperecedera de nuestra alma; muertos, porque estamos privados de la gracia que une á Dios y constituye la vida sobrenatural: vivientes, porque nuestro cuerpo está unido al alma y encuentra la vida en esta union; mortales, porque esta union debe romperse un dia en castigo del crimen hereditario. Esto es lo que se llama pecado original, pecado cuya existencia ha sido sentida y reconocida en todos los lugares y en todos los tiempos.

En todos los pueblos antiguos se ven ritos expiatorios para purificar al niño á su entrada en la vida. Ordinariamente tenian lugar el dia en que se daba un nombre al recién nacido.

Otro hecho que demuestra cuán era universal esta creencia, es que los filósofos to-



maban parte con los pueblos. Ciceron, Platon, Sócrates y todos los antiguos teólogos y poetas, decian, de acuerdo con Philolao el pitagórico, *que el alma estaba sepultada en el cuerpo como en una tumba, en castigo de algun pecado* (1). Para explicar este enigma, muchos filósofos imaginaron que nuestras almas habian pecado en una vida anterior. Veian el mal; ignoraban la causa y la manera.

Pero ¿cómo el crimen de un solo hombre ha infectado toda su raza? ¿Cómo los hijos pueden juntamente llevar el castigo de la falta de su padre? Que desde entonces los hijos llevan esta pena, es un hecho constante, y que no hay ninguna necesidad de explicar: Dios es justo, y nosotros hemos sido castigados; hé aquí todo lo que es necesario que deduzcamos; lo demás no es más que *de pura curiosidad*, que no es de la incumbencia de nuestra obra el explicar.

Escuchemos ahora el proceso verbal de nuestra condenacion: «Y habiendo oído la voz del Señor Dios que se paseaba en el Paraíso al aire despues del mediodía, escondióse Adam y su mujer de la presencia del Señor Dios en medio del árbol del Paraíso. Y llamó el Señor Dios á Adam, y díjole: ¿En dónde estás? El respondió: Oí tu voz en el Paraíso; y tuve temor, porque estaba desnudo, y escondíme. Y díjole: ¿Y quién te ha dicho que estabas desnudo, sino el haber comido del árbol, de que te mandé que no comieras? Y dijo Adam: La mujer que me diste por compañera, me dió del árbol y comí. Y dijo el Señor Dios á la mujer: ¿Por qué has hecho esto? Ella respondió: La serpiente me engañó y comí. Y dijo el Señor Dios á la serpiente: Por cuanto has hecho esto, maldita eres entre todos los animales y bestias de la tierra; sobre tu pecho andarás, y tierra comerás todos los dias de tu vida. Enemistades pondré entre tí y la mujer, y entre tu linaje y su linaje; ella quebrantará tu cabeza, y tú pondrás asechanzas á su calcañar. Dijo asimismo á la mujer: Multiplicaré tus dolores y tus preñeces; con dolor parirás los hijos, y estarás bajo la potestad de tu marido, y él tendrá do-

minio sobre tí. Y á Adam dijo: Por cuanto oíste la voz de tu mujer, y comiste del árbol de que te habia mandado que no comieras, maldita será la tierra en tu obra; con afanes comerás de ella todos los dias de tu vida. Espinas y abrojos te producirá, y comerás la yerba de la tierra. Con el sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelvas á la tierra, de la que fuiste tomado; porque polvo eres y en polvo te convertirás (1).»

Hé aquí cómo Dios administró el primer juicio sobre el género humano, juicio á la vez lleno de justicia y de misericordia, y cuyas circunstancias merecen una atencion particular.

En efecto: ahora mismo no vemos en ese primer juicio más que la justicia y la severidad. Pero ¡oh Dios! ¡qué abundancia de misericordia y qué motivos de esperanza se multiplican ante nosotros! Al mismo tiempo que un hombre y una mujer perdian al género humano, Dios, que se habia dignado predestinar otro hombre y otra mujer para repararle, ha designado este hombre y esta mujer hasta en los que nos diera la muerte. Jesucristo es el nuevo Adam, María es la nueva Eva. Esta es llamada madre de los vivientes, aun despues de su caída, como lo han notado los santos doctores, cuando, á decir verdad, más bien debia ser llamada la madre de los mortales. Pero ella recibió este nombre en la figura de la Virgen Santísima, que no es ménos la nueva Eva, como Jesucristo el nuevo Adam. Todo concuerda con este gran designio de la bondad divina. Un ángel de las tinieblas interviene en nuestra caída. Dios predestina un ángel de luz, que debia intervenir en nuestra reparacion. El ángel de las tinieblas habla á Eva, vírgen aún; el ángel de la luz habla á María. Eva escucha al tentador y le obedece; María escucha tambien al ángel de salvacion, y le obedece. La pérdida del género humano, que debia consumarse en Adam, comienza por Eva: en María comienza tambien nuestra restauracion; ella ha tenido la misma participacion en nuestra dicha que Eva en nuestra desgracia. Todo lo que nos ha perdido se cambia en beneficio. Vemos apare-

(1) Clem., Alex., Strom., lib. III.

(1) Gén., 3.



cer un nuevo Adam, una nueva Eva, un nuevo ángel; allí hay también un nuevo árbol y un nuevo fruto sobre este árbol, que destruirá todo el mal que el fruto prohibido había causado. Así el orden de nuestra reparación es trazado en el de nuestra caída; todos los nombres desgraciados son cambiados en bien para nosotros, y todo lo que había sido empleado para perdernos, por un cambio admirable de la divina misericordia, se convierte en favor nuestro (1).

Para apreciar mejor la caída que hemos experimentado en nuestro primer padre, consideremos bien de dónde hemos caído. Nuestro primer padre tenía un espíritu naturalmente claro y distinto, una voluntad naturalmente recta, un cuerpo perfectamente sometido al alma. Además, no estaba elevada al estado sobrenatural y divino por la gracia que llamamos santificante ó habitual. Su espíritu recibía de la gracia que llamamos actual, la fuerza de concebir las verdades, y la voluntad, la fuerza de amar las virtudes de este estado divino, que, bajo todos conceptos, excede infinitamente las fuerzas de la naturaleza, tan perfecta como fué. Si él nos hubiera engendrado en este estado, habríamos nacido con un espíritu naturalmente claro y puro, con una voluntad naturalmente recta, con un cuerpo perfectamente sometido al alma. Sobre todo, seríamos nacidos como él había sido criado, en el estado de gracia y con el auxilio de la gracia, para contener las verdades y las virtudes sobrenaturales.

Consideremos ahora la caída que hemos experimentado en nuestros primeros padres. Por el pecado, decayeron del estado sobrenatural ó de la gracia; perdieron, no sólo el derecho de ver á Dios en su esencia, sino el de poderle merecer. Fueron aún dejados en la perfección de su naturaleza. Su espíritu, en lugar de ser naturalmente claro y puro, se oscureció; su voluntad, en vez de permanecer naturalmente recta, se ha inclinado al mal; su cuerpo, en lugar de estar perfectamente sometido al alma, se ha revuelto contra ella y la domina. A ellos mismos les era imposible remontarse al punto

(1) Bossuet, *Elevat.* San Ireneo, lib. V.

de donde habían caído. Les era necesario para elevarse, la gracia, el auxilio sobrenatural de Dios, desde luego para sanar la enfermedad de su espíritu y de su voluntad, después para merecer la vida eterna y la visión intuitiva de Dios.

En cuanto á la maldición que Dios pronunció contra la tierra, es de creer que se hizo sentir, no solamente por una alteración de temperatura, por una disminución de fertilidad, sino aun por grandes trastornos. A esta terrible palabra, *maldita sea la tierra*, montañas enteras debieron balancear y hundirse, muchas playas debieron sepultarse en los abismos bajo las aguas, y se secarían algunos mares. De aquí sin duda una parte de estos violentos sacudimientos que se notan en el exterior y el interior de nuestro globo. La tradición lo insinúa. «En el estado del primer cielo, dicen los filósofos de la China, el hombre estaba unido en lo interior á la soberana razón, y en lo exterior practicaba todas las obras de justicia. El corazón se regocijaba en la verdad, y no había en él ninguna mezcla de falsedad. Entonces las cuatro estaciones del año seguían un orden regular sin confusión. Nada perjudicaba al hombre, y el hombre no dañaba á nada. Una armonía universal reinaba en toda la naturaleza.» Pero siguiendo la misma tradición, «se rompieron las columnas del cielo, la tierra fué conmovida hasta en sus fundamentos. *Habiéndose el hombre rebelado contra el cielo*, el sistema del universo fué descompuesto y la armonía general turbada; los males y los crímenes inundaron la faz de la tierra (1).»

El hombre no tardó mucho tiempo en resentirse de la catástrofe universal; tuvo necesidad de vestirse, no sólo para cubrir su desnudez, sino aun para defenderse de las injurias del tiempo. En esto aún Dios se mostró para él como padre compasivo. *Hizo también el Señor Dios á Adam y á su mujer unas túnicas de pieles, y vistiólos.* Se puede presumir que les enseñó en esta ocasión el uso y la naturaleza de los sacrificios, la elección de las

(1) Ramsay, *Discurso sobre la Mitología*, p. 146-148.



víctimas, la manera de ofrecerlas y participar de su carne. Probablemente las pieles de las primeras víctimas ofrecidas, fueron las que les sirvieron de vestidos.

«Dijo aún Dios: Hé aquí, A lam; como se ha hecho uno de vos, sabiendo el bien y el mal: ahora, pues, porque no alargue quizá su mano, y tome también del árbol de la vida y coma, y viva para siempre. Y échole el Señor Dios del paraíso del deleite, para que labrase la tierra, de la que fué tomado. Y echó fuera á Adam, y delante del paraíso puso querubines, y espada que arrojaba llamas, y andaba al rededor para guardar el camino del árbol de la vida (1).

El hombre culpable era condenado á morir. La muerte es la más terrible de las penas; pero sufrida como debe ser, no está el fin en ella, porque después hay para el verdadero penitente el consuelo y la alegría eterna.

Se puede deducir de la historia de Adam, que el árbol de la vida tenía la virtud, no sólo de hacer vivir largos años, sino siempre. El no comió de esta fruta, y sin embargo vivió casi diez siglos. Cuando Dios no quiso que comiese, por temor de que viviera *eternamente*,

(1) Gén. 3, 22-24.

se ve bien claramente que este *eternamente* quiere decir *siempre*. Los indios y los griegos, en sus tradiciones poéticas, cantan á porfía este fruto inmortal, los unos bajo el nombre de amrita, los otros bajo el nombre de ambrosía.

En cuanto á los seres misteriosos que Dios coloca al lado oriental del Paraíso, la terminación plural de *querubin* en hebreo, indica que eran tres ó cuatro.

Eran quizá estos cuatro querubines, que con frecuencia se ven en las profecías de Ezequiel y en el Apocalipsis de San Juan, y que parecen como los cuatro poderes principales por los que Dios gobierna el universo material, el género humano y la Iglesia cristiana. Su conjunto forma una especie de carro, sobre el cual el Altísimo avanza á través de las nubes y de los siglos; un trono en donde está sentado y desde donde pronuncia sus juicios contra los reyes y las naciones. Del centro de este trono de gloria parten rayos y relámpagos para ejecutar la sentencia. Esto es lo que quiere decir quizá esta espada de fuego que se blandía á la entrada del Paraíso. Dios, que desde luego había tratado al hombre con la familiaridad de un padre, quiere hacer suceder allí, en conjunto, el formidable aparato de señor y juez soberano.